



LA BOTICA

Literatura Aldizkaria / Revista Literaria

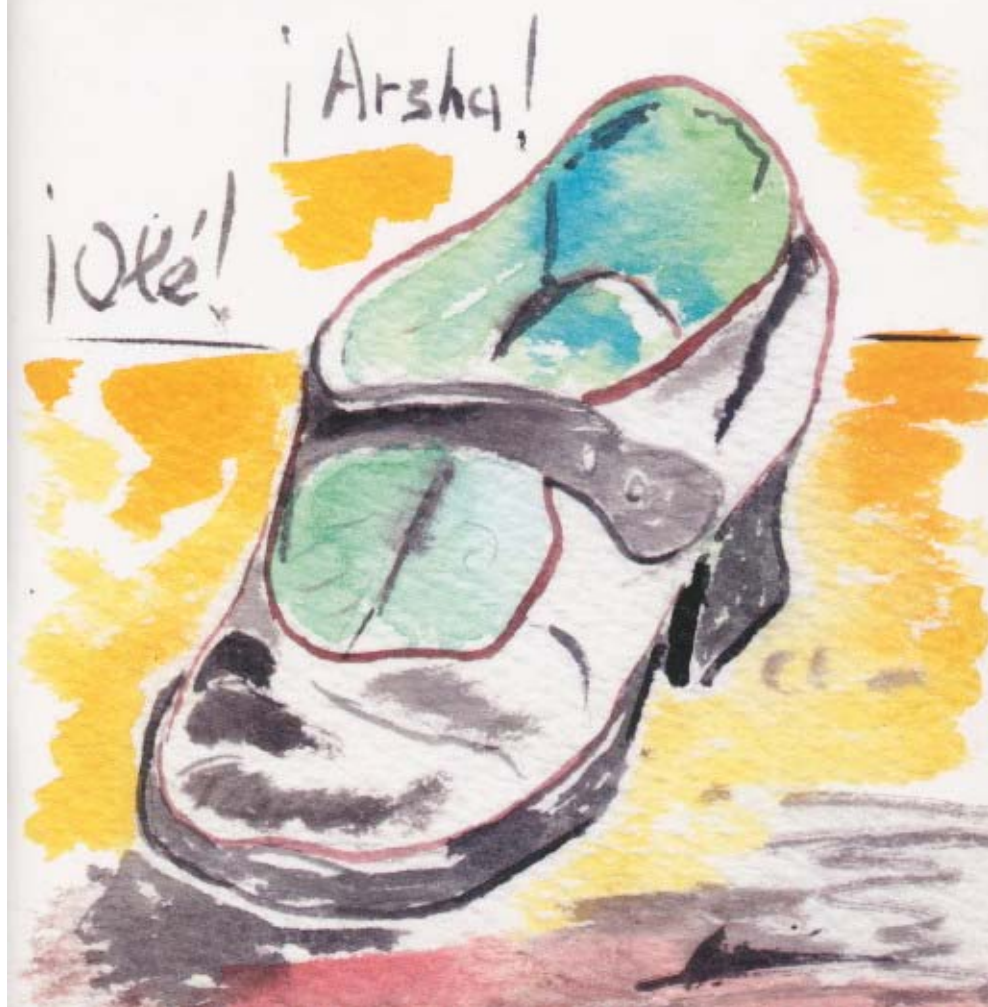
12 zka Vitoria-Gasteiz, 2009ko otsaila / N° 12 Vitoria-Gasteiz, febrero 2009

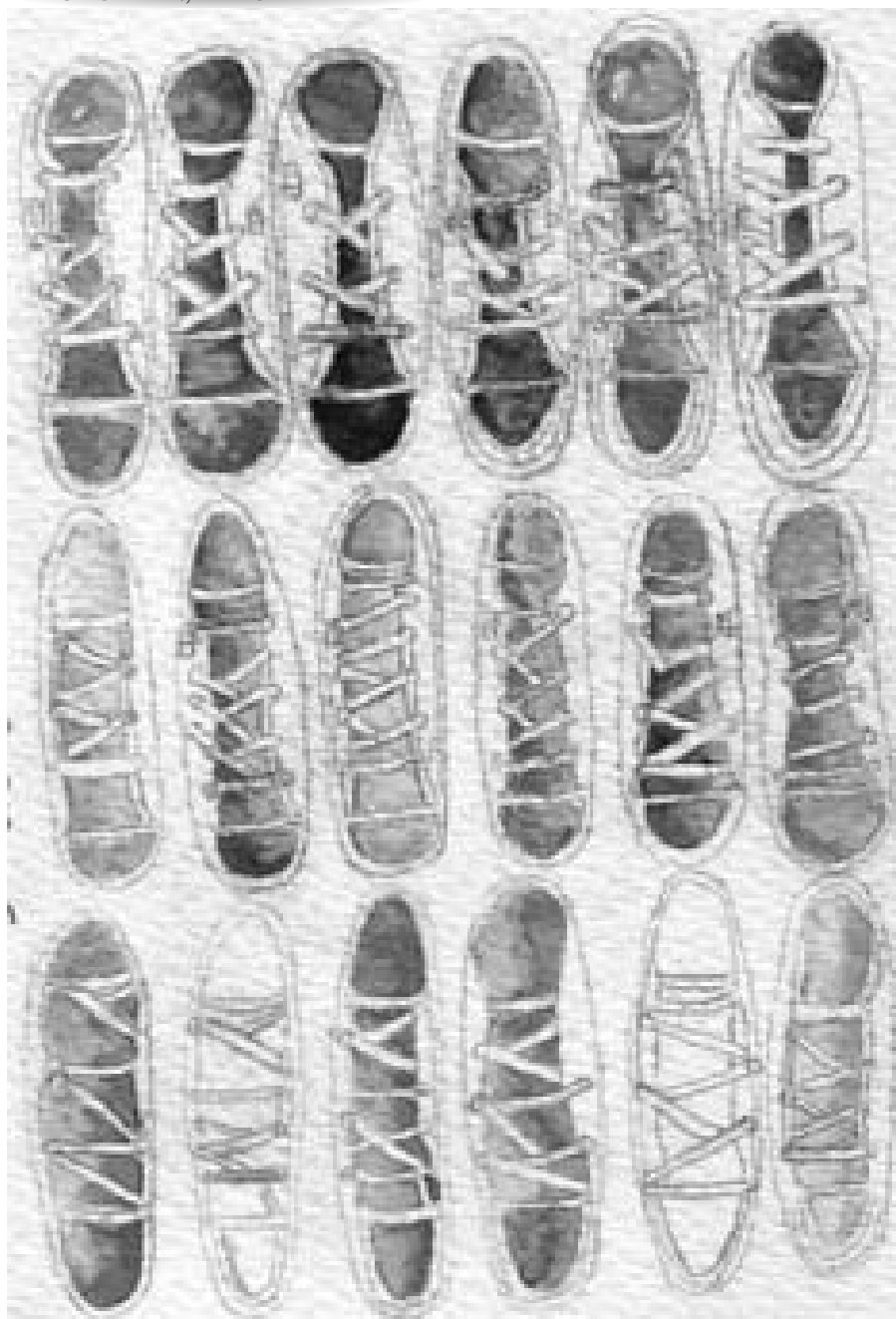
Doako alea / Ejemplar gratuito

www.galeon.com/la-botica

Hurrengo alea, 2009ko irailean / Próximo número, septiembre 2009

3.500 ale / 3.500 ejemplares





CREADORES E ÍNDICE

<i>Portada.....Pacientes del servicio de Rehabilitación Comunitaria de Álava, Osakidetza</i>	
<i>Contraportada.....Ana Valdeolivas</i>	
<i>Bota interna..Pacientes del servicio de Rehabilitación Comunitaria de Álava, Osakidetza</i>	
<i>Editorial</i>	<i>3</i>
<i>Ferruccio Brugnaro.....</i>	<i>4</i>
<i>Inaxio Lopez de Arana.....</i>	<i>5</i>
<i>Javier Cifuentes.....</i>	<i>6</i>
<i>José Antonio Nájera.....</i>	<i>8</i>
<i>Roberto Domínguez.....</i>	<i>11</i>
<i>Jorge Girbau Bustos.....</i>	<i>13</i>
<i>María José Mielgo.....</i>	<i>18</i>
<i>Jorge Carrasco.....</i>	<i>20</i>
<i>Kástor.....</i>	<i>23</i>
<i>Damián Nicolás López.....</i>	<i>25</i>
<i>Norber Fuente Martín.....</i>	<i>28</i>
<i>Ernesto García Ranz.....</i>	<i>30</i>
<i>Mauro Ulloa.....</i>	<i>31</i>
<i>Oskar Blanco.....</i>	<i>32</i>
<i>Josep Esteve Rico.....</i>	<i>34</i>
<i>Itziar Viana.....</i>	<i>36</i>
<i>Ramón Peralta.....</i>	<i>37</i>
<i>Juan Antonio Borrás.....</i>	<i>38</i>
<i>M^a Carmen Sánchez Cebellán.....</i>	<i>41</i>
<i>José María Mata.....</i>	<i>42</i>
<i>Ángel de Lucas Vega.....</i>	<i>44</i>
<i>Carlos Almira Picazo.....</i>	<i>46</i>
<i>Francisco Jesús Muñoz Soler.....</i>	<i>48</i>
<i>Txema Imaz.....</i>	<i>50</i>
<i>Feli Galán.....</i>	<i>52</i>
<i>Rafael Moriel.....</i>	<i>53</i>
<i>Luis García Angulo.....</i>	<i>58</i>
<i>José Francisco Solves.....</i>	<i>60</i>
<i>Alternativas Literarias (Art-Brut, exteriorización del mundo interior,Javier Girbau).....</i>	<i>62</i>
<i>Página solidaria (La revista literaria La Botica edita su primer libro como editorial).....</i>	<i>64</i>

EDITORIAL

QUIEN LO HA PERMITIDO

Quien ha permitido que abuses de su persona, te conoce.

«La Botica», revista literaria, son:
**Dirección, redacción, composición, maquetación, distribución
y página web:**
Rafael Moriel, Jorge Girbau Bustos.

Monográfico interior: «Pacientes del Servicio de Rehabilitación Comunitaria de Álava. Osakidetza».

Depósito legal: VI-38-02 • Tirada: 3.500 ejemplares.

Enviad vuestras colaboraciones en texto y disquette al **apartado de correos 511 de Vitoria-Gasteiz**, o bien, por correo electrónico. Números atrasados, descargar de la web.

«La Botica» no se hace responsable de los contenidos que los autores tratan en sus textos.

e-mail: estoyenlabotica@yahoo.es
página web: www.galeon.com/la-botica

«La Botica», revista literaria, Vitoria-Gasteiz, enero 2009

Si decides deshacerte de tu ejemplar de «La Botica», utiliza los contenedores de reciclado para el papel. El mundo entero lo agradecerá.

Quienes estén interesados en participar en recitales literarios y otras actividades organizadas por «La Botica», que nos lo hagan saber; vía carta, vía e-mail.

CRECE SIEMPRE, SE ELEVA SIEMPRE

FERRUCCIO BRUGNARO

El arco azul resplandeciente

del cielo
ahora es encantador.

Nada hay más fuerte
que el amor.

Nada hay más vivo
más poderoso.

El amor
María
con sus múltiples
relaciones
con sus relaciones
siempre nuevas
es lo más
grande.

No habrá montañas
de hierro
y cemento
que resistan.

No habrá constructor
de muerte
que consiga oponerse.

El amor, el amor
crece siempre, se eleva siempre.

ELTXOA

INAXIO LOPEZ DE ARANA

Guaa zen eltxo baten hegal-hots gogaikarriak nire logelako bake-giroa zapuztu zuenean. Di-da altxatu, argia piztu eta galtzerdi zahar batekin «gautxori» madarikatu hori akabatzen saiatu nintzen. Baina alferrik, behin eta berriro saiatuagatik, beti ihes egiten baitzuen eltxoak, ni baino azkarragoa izanik. Ehiza ero haren ondorioz, gorputz-adarrak gero eta nekatuago nituen; betazalak, halako batean, ixten hasi zitzaizkidan, begiak guztiz estali arte.

Ezinegon lazgarria sentitu arren, apurka-apurka ohean etzan nintzen. Gorputza sorgor nuen, baina zerbait zebilkidan barrutik, ziztu bizian; odola bor-bor ari zitzaidan gorputz osoan zehar, zainetatik ihes egin nahi izango balit bezala. Bat-batean nire sorgortasuna desagertu eta hanka-besoak plastikozkoak banitu bezala hasi zitzaizkidan mugitzen. Sabaia gainera erori behar zitzaidala pentsatu nuen; horra buruan nuen nahasmenaren erakusgarrietako bat.

Egoera hark hainbesteko larritasuna eragiten zidan, garrasi-ka hasi bainintzen. Nire oihuak kalearen txokorik urrunenetik ere adituko ziren. Handik askatzeko hamaika bider eskatu nuen, baina han inork ez zidan entzuten, edo beharbada entzunda ere, ez zidaten lagundu nahi. Ezin nuen gehiago jasan. Hiltzen ari nintzen, itotzen, erotzen...; laster eldarniozko sasi-ametsi batean murgildu nintzen.

Lehengo eltxoa, nire eraso guztietatik salbu atera zen hura, berriro ikusi nuen, baina hasieran ez nion antzik eman, animaliaiko neurriak hartuta zeuzkanez gero. Odol guztia xurgatu nahi zidan kabroiak! Guztiz ikaratuta nengoen. Laguntza behar-beharrezkoa nuen. Handik alde egin beharra neukan! Bat gehiago besterik ez nuen behar! Dosi bat gehiago! Hori baino ez!

BUSCO UNA OBSESIÓN QUE ME CONVenga

JAVIER CIFUENTES

Busco una obsesión que me convenga:

*Busco una obsesión que me convenga,
un deporte que derrita mi impaciencia,
un amor que rompa el ritmo de mis noches.*

*Ansío una voz que rebote en cada esquina,
que se agolpen las palabras no pensadas,
que se pisen con el peso de su charla.*

*Necesito un soplo fresco que juegue con mis hilos,
que haga sombras atrayentes con mis manos,
que trace en grueso las líneas de mi cara.*

*Busco mi propia voz en el eco de la cueva,
un andar pausado adaptado a mi camino,
un intrépido velero en donde ejerza de gaviero.*

Una persona cabe en un cuento

Una persona cabe en un cuento

*pegado a su sombra
y su risa al viento.*

*Miden sus pasos
el ancho del tiempo
buscando cenizas
que den alimento.*

*Sin dueño, sin amo,
pulsando un fondo blanco,
nace a paso lento
una vida, con su llanto.*

*Sopa de letras
que nutre al manto,
que llena porque es plena;
punto final, punto de ataque,
imaginado, ilusionado
por cada lector en el relato.*

EL REFUGIO

JOSÉ ANTONIO NÁJERA

Basado en la obra homónima de Stéphane Thidet.

Las primeras gotas se hicieron notar al otro lado, en el extremo opuesto de la estancia; luego escuché otras cerca de mí que golpeaban en la tarima y, más tarde, una chocó contra el cuaderno de dibujo en el que garabateaba un boceto. Rápidamente se fueron abriendo goteras por todo el techo que, con ritmos diferentes, acabaron por empapar todo el suelo. Tuve que abandonar mi cómodo asiento junto a la chimenea y recular. Fui perdiendo terreno palmo a palmo, hasta que me cobijé bajo la mesa, el único espacio donde la lluvia no me mojaba directamente, por el momento. Me encontraba sentado en el suelo con las piernas recogidas y rodeándolas con los brazos, acurrucado en una posición fetal. Debía mantener la cabeza gacha, pegada la frente a las rodillas, para no golpearme con la tapa de la mesa. Según pasaba el tiempo, sentía el cuerpo más entumecido. La humedad y el frío me atravesaban los huesos hasta el tuétano. Por más que lo intentaba, no encontraba una explicación a lo que estaba ocurriendo y no sabía cómo reaccionar ante una situación tan absurda.

Aquella chabola era mi refugio. Allí siempre me había sentido seguro. Antes de conocerla, incluso, había sabido que en ella nada malo podría pasarme. Lo había deseado tanto que, al ver la cabaña por primera vez, supe al instante que era lo que había estado buscando, lo que necesitaba para mi tranquilidad.

En ella había pasado los últimos años sin rendir cuentas a nadie: entraba y salía sin dar explicaciones, comía si tenía hambre y me acostaba cuando me encontraba cansado. Por el día me dedicaba a pintar y a dar breves paseos sin perder nunca de vista la cabaña; por la noche leía y escuchaba música en un viejo transistor.

Mi único contacto con el mundo era Unai, un pastor de vacas. Este hombre era el cordón umbilical que me unía al resto de la humanidad. Una vez al mes, se acercaba por allí a traerme provisiones y materiales de pintura y se alejaba al rato con una carpeta llena de dibujos y telas pintadas. Él se las entregaba a su vez a un marchante que aparecía por el pueblo de vez en cuando a cambio de cierta cantidad de dinero que, descontados los gastos y su comisión, ingresaba a mi nombre en una cuenta del banco. Nunca me interesaron los detalles de dicha transacción.

Desde donde me hallaba, podía ver la parte inferior de la ventana. A través de los cristales alcanzaba a distinguir una mancha azul que sin duda era el cielo despejado: fuera lucía el sol y yo me encontraba empapado y aterido por el frío. Sin poder evitarlo, evoqué las tardes aquellas en las que, sentado en un tronco, apoyaba la espalda en la pared oeste de la chabola y me dejaba acariciar por el sol del atardecer. Eran momentos en los que uno sólo deseaba permanecer allí sentado con la mente en blanco. Pero esos recuerdos no conseguían que me sintiera mejor; antes al contrario, lograban que mi situación actual me pareciera más lastimosa.

¿Por qué seguía ahí? ¿Qué me impedía abandonar aquella caseta miserable y salir al sol? ¿De qué tenía miedo?

El refugio ya no era acogedor. Ni tan siquiera era ya un refugio. El lugar en el que yo me sentía protegido y abrigado se había transformado en una balsa llena agua en mitad de una tormenta. Seguramente, escamparía enseguida; quizás sólo fuera una tormenta de verano. No tenía más que esperar y pronto desaparecerían las goteras. Secaría con toallas los muebles y el suelo. También abriría puertas y ventanas para que el aire y el sol terminaran de eliminar los últimos rastros de humedad. Debía tener un poco de paciencia; pronto todo se solucionaría y volvería a ser como antes.

En el suelo de madera se formaron charcos de agua que fueron haciéndose mayores y, uniéndose unos con otros, terminaron por inundar toda la habitación. Estaba ya sentado sobre dos dedos de agua y seguía lloviendo a manta. Delante de mí empezaron a desfilar pliegos de papel con manchas de pintura desleída: ¡mis cuadros!

Todo el trabajo del último mes que yo dejaba apilado distraídamente en un rincón se estaba empapando y se ahogaba sin remedio. No me importaba tanto el dinero perdido como el esfuerzo realizado, que ahora resultaba vano. Desde que llegué a la cabaña, la pintura se convirtió en lo único que daba sentido a mi vida, mi motor. El medio era el fin y nada había fuera de él. ¿Por qué no había subido Unai la semana pasada, cuando le tocaba? No sólo se habían perdido mis pinturas sino también, y eso era lo peor, aquello que había dado sentido a mi existencia en los últimos años. «Unai, ¿dónde te has metido?», gritaba con desesperación. «¿Es que no va a parar esta lluvia nunca?».

No hubo respuesta. Estaba solo en aquel trance y nadie vendría en mi ayuda. Debía encontrar por mí mismo la salida de esa situación en la que estaba inmerso sin pretenderlo.

Por fin me convencí de que la lluvia no cesaría fácilmente. Quizás no terminara nunca. El nivel del agua seguía subiendo y ya cubría un palmo. De no haber hecho algo pronto, habría acabado ahogándome.

Con suma lentitud, y a pesar de los dolores en músculos y articulaciones, conseguí ponerme a cuatro patas. Apoyé los hombros contra la tapa de la mesa e intenté levantarla. No sin esfuerzo, me deshice de ella echándola hacia atrás como quien se desprende de un gato que le ha echado encima. Chapoteando, llegué hasta la puerta. A causa de la presión ejercida por la masa de agua, me resultó imposible abrirla. Tuve que saltar por la ventana y caí a tierra como un saco. La luz casi me cegó, pero el calor del sol me sentó como si se tratara de un bálsamo que alivió el dolor causado por el golpe.

En aquel lugar, nada tenía ya que hacer. En cuanto recuperé las energías, me puse en pie, y sin mirar hacia atrás me alejé de allí, despacio pero con paso decidido.

Aún sigo buscando otro refugio; mas ahora sé que, aunque lo encuentre, no será para siempre.

ROMANCE DE LOS OJOS VERDES

ROBERTO DOMÍNGUEZ

A la abuela Francisca.

La huída de tus ojos
está mirando el campanario
bajo la nube de primavera
lucen las candelas.

Yo quisiera besar
el aire de primavera
que con sus cantos al sol
dijera que hay vida nueva

pero el pecho se entrecorta
entre los jardines de cera
y llamea una voz de espuma
y en las costas canta una sirena.

Yo tengo los ojos verdes
del prado los ojos de mi conciencia
y cuando huyo de la vida
sé que duermo y no duermo

porque la luz la fijan tus ojos
verdes por que los quiero
verdes como el reflejo del viento
y algunas veces milongeros.

*Yo quisiera besar la noche
a mediados de agosto
en un atardecer cualquiera
recordando la primavera.*

*Y cuando el sol relampagüee
quiero ver las estrellas
tan imposible como ver la muerte
que gira en torno a la gente.*

*Dime si tu nombre lo conozco
si tus ojos son de cuna
como los del niño inocentes.*

*Cuando acabe este poema
de cien versos transparentes
diré a la luna nueva
quién te ha amado,
quién te quiere.*



LA GATA QUE MAULLA POR LOS TEJADOS (Mayo 2004)

JORGE GIRBAU BUSTOS

Eloísa sentada junto a su ventana observaba cómo alrededor de la luna había seis estrellas. Estaba descansando, de vez en cuando de reojo vigilaba a su gata; Pitita era blanca con algunas manchas negras, y unos ojos que siempre estaban atentos. Acariciaba al felino, y parecía que le contestaba con cariño restregando su cuerpo en la pierna de la chica.

—¡Bonita noche, no, Pitita! —exclamó a su compañera.

Faltaban pocas horas para la visita de José, que veía a Eloísa con mucha frecuencia. Cada fin de semana, la joven se arreglaba para encontrarse con su galán. Era la noche del viernes y nuestra protagonista, estaba preparándose psicológicamente para impresionar a su hombre.

A las nueve de la mañana, llamó al timbre el muchacho, Eloísa le recibió recién levantada de la cama, después de saludarle con un efusivo beso le ofreció desayunar.

—¡No gracias, gatita! —contestó José deseando comer el cuerpo de ella.

Era un día caluroso de Abril, un sol agradable confortaba a los pocos transeúntes. Los dos amantes se encerraron en su escondite particular, como si fuesen los dueños de toda la ciudad.

—¡Ayer pensé en ti! —confesó José.

Eloísa cogiéndole la mano le llevo hasta su habitación; ese lugar irradiaba mucha luz, estaba lleno de posters cinematográficos de ciencia-ficción y sobre la cama descansaba plácidamente un oso de peluche.

Pitita entró con ellos, y se acomodó en una silla lejos del lecho. Eloísa comenzó a quitarse la ropa muy despacio y con un movimiento sensual. Él se encontraba algo inquieto por la presencia de la gata, era la primera vez que el animal se colaba dentro de su

nido de amor, por un momento, se le pasó por su cabeza decir a la chica que, «por favor sacase al felino fuera», pero no se atrevió.

—¿Qué tal vas con tus dibujos? —se interesó José.

Le respondió que estaba haciendo dibujos de Pitita, después sacó una carpeta, repleta de trazos, de su mesilla de noche, y se los mostró, aunque Eloísa, no estaba muy contenta con su trabajo.

—¿Por qué, entonces sólo dibujas a la gata?

—Es la única que me comprende.

Al muchacho, esa respuesta le dejó extrañado. La chica seguía narrándole las cosas del felino: «Desconfiaba de los extraños; una vez, estuvo a punto de morir, cuando tenía un mes, cayéndose de un séptimo piso; los ovillos de lana la volvían loca, quería atraparlos para tener un tesoro; y a veces, se escondía por la casa».

Después de conocer todo eso, él se acercó a Pitita para acariciarla, pero ella no tardó mucho tiempo en bajarse de la silla y correr hacía la puerta arañándola; José, entonces pudo observar, que le miraba como una asesina, queriéndole matar.

—Será mejor que le abras la puerta, si no se te lanzará —dijo Eloísa.

Paradojas del destino, había conseguido lo que deseaba, echar de la habitación a aquella mirona y quedarse sólo con su amante. Eloísa guardó su trabajo de nuevo en la carpeta, abrió la pequeña ventana de su habitación para que entrara la luz.

—¡Hoy hace muy bueno!

El chico respondió afirmativamente con un movimiento de cabeza.

—La gata se habrá ido a la calle para buscar novio, me parece que ya faltan pocos días para que esté en celo; ya verás lo cariñosa. ¿Nunca has visto a un gato sensible? son tan adorables, José.

Era cierto, no se le oía a la gata por la casa. Él empezó a inquietarse, tanto silencio no traería nada bueno. Eloísa tuvo un sobresalto, y al grito de «¡ya la veo!» se apresuró a su lecho, tan rápido, que su compañero no se dio cuenta. Después lo supo, había visto a su animal de compañía, en el tejado de enfrente jugando con

otro felino. José pensó que no era para tanto, pero Eloísa se encontraba muy nerviosa.

—¡Ahora mi gata tendrá más!

Él se asomó por la ventana, y vio que sólo era un juego totalmente inocente, pero, por otro lado, no podía decir a la chica que Pitita no estaba haciendo nada de eso.

—¿Tu gata ha tenido gatitos?

Con esa pregunta se enteró que ya había parido varias veces.

—Encima, tengo problemas para encontrar dueños —recordó ella.

—Al principio los regalaba, di uno a cada amigo, pero luego, me encontré que todos mis conocidos ya tenían, así que empecé a venderlos.

La muchacha cuidaba de ellos, dándoles a veces biberón y otras los tapaba con una gran manta.

—¡Yo me los quedaría! —exclamó el chico.

Para Eloísa, tener más animales en casa, era imposible; no sólo por el espacio, sino por los vecinos, que tenían tirria a su gato. Pitita, desprendía mucho pelo en las escaleras, arañaba la puerta del portal, y algunos días, a las tantas, se la oía maullar para llamar la atención.

—¡Ahora ya conoces mi terrible historia! —dramatizó—; ¡cariño, sé que a ti no te gustan los gatos, pero, quizás con el tiempo... Llegues por lo menos, a no tenerles tanta manía!

José quería cambiar de tema; aunque no sabía cómo hacerlo. Dejó pasar un minuto, y se atrevió a proponer a Eloísa dar un largo paseo por la ciudad.

A ella al oír aquellas palabras tan románticas, se le dibujó una sonrisa.

—¡Espera a que venga Pitita. Después había pensado desayunar en la terraza de casa! —se dirigió otra vez, a la ventana.

La gata ya no estaba, pero seguían todos sus compañeros de juego, ¿dónde se había metido? su dueña se imaginó que estaba golfeando por algún tejado, miró al chico casi susurrándole que eso

sería lo más lógico, «tratándose de una pelandrusca como ella».

—¡Enseguida llegaré, ya lo verás! —dijo un beso al muchacho.

Algunos minutos más tarde, golpearon débilmente la puerta de la habitación. José se levanto de la cama para recibir al inesperado invitado, se coló de nuevo la gata, que rápidamente, fue a saludar a Eloísa.

—¡Cuánto has tardado golfa! —Le acaricio a su gata.

Él se acercó, para hacer las paces con la recién llegada, extendió su mano derecha, en señal de afecto, pero Pitita respondió, arañando el dedo corazón de José con mucha saña, éste sangró, mientras Eloísa regañaba a su gata por la declaración de guerra. El chico, salió un momento de aquel cuarto, para curarse la herida, apareció dos minutos después. El felino ya no estaba entre esas paredes.

—¿Dónde se ha metido? —preguntó.

—Nada. Se ha largado por la ventana —señaló el lugar de su escapatoria —¡la muy cobarde!

—¿Qué, nos vamos?

—¡Ay José, me tengo que arreglar!

Eloísa le planteo quedar a la hora de la comida, algo que su amor lo aceptó de mala gana.

—Tú mientras tanto, ponte guapo, ¡quiero exhibirte!. Seguramente, serás el chico más atractivo de toda la Vía Láctea.

La anfitriona, le acompañó hasta la puerta, allí con un beso apasionado, que parecía el primero de todos, se despidió.

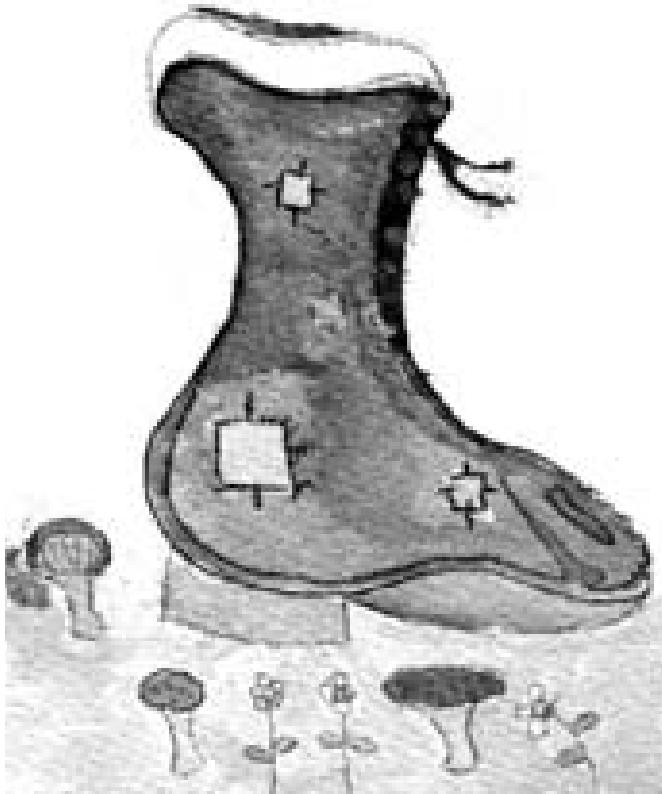
Cuando volvió a su habitación, se encontró con Pitita acostada en su lecho; el felino, la miró.

—Sí, ya está —exclamo mirándose a la luna de su armario —todavía el muchacho no sabe. ¡Gracias amiga, te debo una!.

En aquel momento, la chica sufrió una metamorfosis; su lengua se hizo más áspera, le salieron patas cortas, pelaje espeso y adquirió también un color pardo... Miró a Pitita, y se dirigió donde estaba. Eloísa, era un gato.

Tardó muy poco en salir, dejando a su compañera sola en la

casa. Recorrió muchos tejados, llegó a uno, muy cerca del hogar de José, pudo ver a su amado arreglándose para la cita. Lo que él no sabía, es que faltaban pocas horas, para que se convirtiese en un felino.



TIEMPO

MARÍA JOSÉ MIELGO BUSTURIA

Nada interrumpe el paso del tiempo,

es éste el dueño de nuestras vidas,
marcapasos de los sueños, de las risas,
del llanto, de las descichas.

Reloj que alumbra o que ciega,
traidor que mata y no avisa,
amigo del enemigo
cuando, precisamente en el tiempo, con él se alía.

Es el tiempo el escenario
donde se da cita la escenografía
de este mundo sórdido, circense y tremebundo,
donde nada y todo vale,
donde todo y nada importa,
donde es poco lo que aprendes,
donde es mucho lo que ignoras,

Es, en justicia, el tiempo
mi gran y auténtica pesadilla,
por no ser bien de mercado
para comprarlo a mi guisa.

¡Ay, tiempo...

tiempo...

tiempo!...

MIRANDO

Mirando tu mar azul

*converso conmigo misma
y el eco de tu voz sonoro
rompe el silencio que habita.*

*Te pregunto y no respondes
me preguntas y no respondo,
tejiendo así esta red
de incertidumbre y escombros.*

*Incertidumbre que nace
nada más haber nacido,
escombros que se engrandece
al recorrer el camino.*

*Y tu eco se agudiza
queriéndolo y sin querer,
siendo el rumor de tus olas
la conciencia y el ser.*

*Conciencia que mata o muere
dependiendo de tu ser,
ente que muere o mata
dependiendo de su sed.*

LA PIPA

JORGE CARRASCO

Cuando veo en los noticieros a esos guerrilleros con la pipa apretada entre los dientes, recuerdo a mi padre. En su tiempo se parecía al Che Guevara, pero cuando vino el golpe y se tuvo que rasurar la barba, su rostro amable se dejó cruzar por un recio bigote cretense, que quiso parecerse al del dictador pero terminó igualito al de Stalin. Nunca pensé que era lo que dicen ahora.

Derrocaron, como dije, al presidente Allende y llegó el sátrapa con sus delirios monetaristas. Fue fácil quedarnos en la ruina. Tuvimos que vender todos los muebles para comer un par de meses. Mi padre fumaba con su pipa en un rincón, ajeno a la buena o mala suerte, un paso más allá del mundo.

Era un hombre que trabajaba en seguridad, cercano en su tiempo a la Unidad Popular. En un principio el golpe de Estado no le cambió la suerte. Supo acomodarse a la nueva situación, como lo hace por conveniencia cualquier hombre decente de estos tiempos. Mamá dice que lo hizo por nosotros. Pero un día lo expulsaron de la fuerza. Éramos entonces muy chicos para pedir explicaciones.

La casa iba quedando vacía y mi padre en su rincón fumando. Nos quedamos sin comida, pero sabíamos que esa pipa bajo el bigote no podía quedar vacía de tabaco. Un día Efraín, uno de mis hermanos, dijo:

—Hay que vender la pipa. Nos morimos de hambre.

Todos lo hicimos callar inmediatamente, espantados por esa voz que llamaba a la insurgencia.

Nadie tenía trabajo y las tripas dolían. En enero, cuando ya los pasos resonaban en una casa deshabitada de muebles y objetos, decidimos cruzar la cordillera para probar suerte en Argentina. Mala gente, nos dijo un día mi padre, nos vamos a juntar con la peor gente de nuestro país. Extrañado, le dije que me explicara por qué

llamaba mala gente a los chilenos que vivían fuera de la patria. Detrás del humo de su pipa, fingió no escucharme. Fingía no escuchar cuando algo le incomodaba. El cariño que nos tenía, sin embargo, lo obligó a seguirnos. Nos instalamos en un valle, rodeados de la estepa patagónica, que la Historia oficial dice, quizás tendenciosamente, que levantaron los italianos y no hace aparecer el aporte de los chilenos. Nunca habíamos hecho labores de chacra, pero tuvimos que adaptarnos, como les ocurrió a todos los chilotes (así nos nombran) que llegaron a esta zona. Mi padre, tan triste como enfermo, nos miraba de lejos con su pipa en la boca, con las canas del bigote ya amarillentas, a la sombra de un manzano.

Una tarde de mayo, mientras nos consumía la nostalgia por nuestro suelo nativo, mi padre, que ya nos venía acostumbrando a la distancia, se puso más distante aún y falleció de una dolencia que no le hizo perder el sosiego. De la pipa acurrucada en un pliegue remendado de su camisa (de esa pipa que se convirtió en el único recuerdo que nos quedó de la patria) aún emergía el pacífico humo del tabaco.

La pipa quedó en mis manos. Nunca fumé, así que se convirtió en un objeto de decoración, arriba del pedestal de la chimenea, junto a un moai de ciprés de diez centímetros y una reproducción campestre de Molina Campos. Mis hijos de vez en cuando la tomaban y aspiraban su aire con ademanes jocosos. Yo les llamaba la atención y ellos se reían de mi ridículo sentimiento. Efraín me visitaba de vez en cuando y a veces miraba la pipa y se acordaba de los tiempos de escasez y se le llenaban los ojos de lágrimas.

Empezamos a olvidar a mi padre y los consejos que nos daba. Nuestra patria era el mundo y no un esquelético país arrinconado contra el mar. En Argentina nos hicimos amigos de exiliados, de esos que una vez papá llamó mala gente.

Un domingo, Efraín llegó acompañado de un matrimonio amigo. La mujer era una señora regordeta, de cabello negro recogido en un moño sobre la nuca. Él un hombre delgado, de ojos claros y voz pausada. Hablaba con propiedad, como acostumbrado a que le dieran la razón y él sintiera por eso una secreta satisfacción.

Después supe por qué: era el presidente de la asociación chilena Las Araucarias.

En medio de la cena, mi sobrino, el hijo menor de Efraín, tomó la pipa del pedestal de la chimenea. Simuló aspirarla y la hizo correr, con el propósito de que los visitantes la observaran.

El invitado examinó la pipa con detenimiento. Muy pálido, dijo con voz algo temblorosa:

—La conozco. Conozco esta pipa.

Se incorporó con cierta vehemencia. Su mirada, custodiada por sus cejas muy bajas, parecía tocada por el terror y la ira.

—No me siento bien —dijo nerviosamente tomando a su mujer del brazo y encaminándose a la puerta—. Salgamos de aquí.

Poco después escuché el motor diesel de su camioneta que los alejaba raudamente.



A *cábate la copa, termínate el pitillo, y vámonos;*

*o si no, desnudemos nuestro pensamiento,
como cada noche nuestros cuerpos;
afrontemos la realidad
porque no somos nada más que eso,
como dos sombras que se unen
por monotonía y rutina
aunque es verdad que al principio
todo nos hacía reír, y el mundo no nos importaba nada.*

*Juntos íbamos inventándolo todo
a partir de nuestros besos y caricias
no teníamos ni necesidad de hablar
para comprendernos.*

*Bebimos el aire el uno del otro
agitando brazos y piernas
pero siempre en la oscuridad...
tú adivinaste mis gustos
y yo conocía tus secretos y caprichos.*

*Una lástima que de tanto beso
y tanta caricia no nazca la luz,
ni señal de esperanza.*

Nos dijimos adiós,

*ha pasado ya el tiempo
y yo te echo de menos.*

*Tú, tal vez estés con otro;
mientras, te recuerdo,
y una lágrima comienza a rodar mi rostro.*



COMO UNA PUESTA DE SOL (29 de noviembre)

DAMIÁN NICOLÁS LÓPEZ

Como si hubiera pasado ya mucho tiempo, releo esta mañana nuestras cartas y no alcanzo a creer que los miles de pensamientos, ideas y emociones que he tenido a lo largo de la nueva vida que me diste, hayan cabido en las pocas horas que llenan al tiempo imparcial.

Toda una vida de pensamientos entra en un solo amor. Y no me alcanzarían todos los completos días que yo tuviera como resto para describirlos a todos. El amor privilegia a nuestro corazón, antes tieso, ahora con un impulso tras otro que nos ruega salir a la luz por medio del arte del vocabulario. Parecido a una sed abrasadora, cada impulso que he tenido mientras tu imagen se apoderaba de mis ahoras, buscaba la satisfacción del entendimiento como el cuerpo sediento experimenta una eyaculación en el agua oportuna.

Al mismo tiempo que los impulsos suplican por articularse en las palabras, algo detiene el movimiento innecesario que reinaba en nuestros adentros. Por eso somos un poco más inteligentes y ciertos. Pues ya no nos derrochamos en banalidades ordinarias. Hay Alguna Cosa que gusta en guiar a nuestro pensamiento a lo importante. Y se desecha completamente el «esto o el aquello Irresoluto». En un brusco paréntesis: ¿El mundo seguirá pensando que únicamente el Bien comienza su cursiva con mayúscula? Como iba diciendo...

Admirando cada línea de este libro que casi ha finalizado, yo recuerdo al ver sus verídicas letras capitales algunos cuentos de mi infancia. Y espero que esto no sea muy molesto: En verdad no me acuerdo de ninguna fábula ni ningún cuento de hadas. Esto sólo me sucede si esfuerzo un poco la memoria. Pero en el siniestro y traicionero modo de mi psiquis, algo debe de estar funcionando de a mitades. Pues al mirar las curvas de las Enes y las Erres, debería

recordarme la primera letra de Pinocho o Blanca nieves. Y en cambio... sentado junto a mi primera cama está mi padre con su voz maestra y grave.

Ignoro hoy qué texto me leía antes de dormirme (hubiera preferido decir El principito, pero ojalá me hubiese olvidado que lo aprendí a los diecisiete). Hoy mis desgastados ojos investigan sin demasiado esfuerzo la sala donde vivo. Y encuentran en el mismo bibliorato las celeste colección de Jean Cousteau. Varias veces las investigué en mi infancia, mi preferido era el tomo siete u ocho. Poseía Historia de Jonás; dibujos de aterradores calamares que entre sus tentáculos dominaban carabelas gigantescas. Medusa en lugar de Caperucita, estremeció mi ingenuidad por primera vez.

Y entonces de noche, mi esclavizador genio se contentaba oyendo a ese padre tan austero como amador, contándome la historia que yo ya esa tarde había memorizado sin saber lo que decía. ¿Quién se anima a contar esto en un relato?

Cuando la memoria me amiga otra vez a la infancia, unos 20 otoños atrás yo me reunía con mis compañeros y jugábamos a ser personas grandes. Nos encantaba soñar... y jugar a la aventura. Si a la mañana leíamos «Alí - ba bá y los cuarenta ladrones», a la hora de jugar cada uno de nosotros elegía ser un personaje de la historia. Como nunca me tocaba elegir primero, temía que el personaje que yo deseaba ser desde el principio, se le ocurriera a alguien y me despojara de la oportunidad para ser, al menos por un rato, quien yo quería en la vida real. Por eso fue que la noche anterior, ya estaba pensando en un personaje para el juego de mañana. Entonces pensaba en alguien que pasara desapercibido, que nadie hubiera notado, pero que sea imprescindible para el triunfo del bien. Por ejemplo, no hace mucho me pregunté qué me gustaría ser de poder elegir, si viviera en el planeta B612. Y luego de descartar el volcán inactivo (aquél del famoso «nunca se sabe») me decidí con orgullo, por haber recuperado mi sitio, a ser yo una puesta de sol. «Aquello esencial». Pocas veces, la prisa de alguno de mis amigos, me obligaba a cambiar mi elección.

Hoy me paro a comparar los personajes que cada uno de

nosotros elegíamos, con la personalidad que acabó por conquistar nuestra vida y nuestra palabra, tal vez sin poder nosotros elegirla como elegimos hace 20 años el personaje de la historia que más nos hubiera gustado ser.

Había grandes líderes entre nosotros... y eso son hoy en día. Algunos amigos han sido y permanecen, en el cuerpo de grandes atletas, grandes campeones. Los que fueron valientes, se ofrecieron en el voluntariado del último Irak. Mi compañero de banco y mejor amigo hasta hace un tiempo, siempre acababa eligiendo papeles que yo no me esperaba. Creo que él hubiera sido un Baobab.

Ahora que nuestro libro esta casi terminado, y un gran deseo de compartir contigo un cigarrillo destrona de mí la voluntad para abstenerme, y de encontrar tirado un rubio me arriesgaría yo otra vez a un futuro ingenuo cáncer, me pregunto...

De ser esta historia inspiración de fantasías en todavía ilusionadas mentes que se reúnen a jugar bajo los árboles otoñales, de ser inmortalizada nuestra historia en unos ejemplares que recorran de aula en aula alguna escuela, algún jardín de infantes... alguna cuna en la voz madura de alguna madre o algún padre, antes del arrullo: Si cada amor que halla existido pudiera ser tomado como el personaje de algún libro de aventuras o ser visto como el libreto de algún actor que se prepara al escenario de una gran obra de teatro... ¿Qué niños hubieran deseado ser nuestra historia? ¿Quiénes verían a este amor como la historia más fantástica... más valiente, entre todas las historias?

Pues yo no sé muy bien...

Pero como aquellos niños que prefieren ser imprescindibles antes que primeros, y tienen el coraje como aliado, premio del sacrificio y la derrota, digo que aquella gente que todavía cree en monstruos legendarios que subyugan entre sus quijadas a los más inexpugnables acorazados, gente que tiene miedo a la mirada que transforma la carne humana en piedra... Elegiré nuestra historia como favorita y (ojalá) los dos seamos aquellas voces tan mágicas que se cuelan en las fantasías de los niños... a la hora de la siesta de los padres.

A LA LUNA

NORBER FUENTE MARTÍN

Tú que lo sabes todo

tú que estás en los cielos
y en los mares
en los suspiros idiotas de los enamorados
en las pupilas suicidas del desesperado.

Diosa de mil demonios
detesto la cara pintada
descarada voyeur de la noche violada.

Vos conocéis bien mi secreto
¿recuerdas mis gritos en tus sombras?
Recuerdo tu luz sobre mis cruces
bien mala reina te soporta la tribu.

Mi rabia está echada
la suerte acabada
tu luz plateada mi sangre no calma.

Tu reino en mi cuerpo ya está medio muerto.

Putas del dios en desconsuelo
tan sólo las ratas soportan tu peso
tu peso de queso y olor de placebo
tu imagen dormida sobre nuestro cielo
quebranta las almas de todos los ciegos.

Como una manzana

Como una manzana; sabrosa, carnosa,
piel roja, deseo sus labios por muerto de hambre,
a sus labios de sangre deseo acercarme.

*Para mí, el veneno, corazón rojo fuego,
en las venas de lava quema el sentimiento,
o el asco de verte tan sólo lejos.*

*Como un infierno; caliente, ardiente, maldito.
Deseo sus labios por muerto de miedo,
sus labios de chispa y tormento.*

*Por sólo un momento de roce en mi cuerpo,
daría yo el rojo de este descontento.*



ETERNAMENTE BELLA

ERNESTO GARCÍA RANZ

(A mi amada muerta)

Bella siempre fuiste,

*bella te marchaste,
cuando ibas conmigo
dabas el contraste,
ahora bajo tierra
te mantienes bella,
bella en el silencio
de la inmensa pena;*

*bella es la noche,
pero no hay comparación,
lo bella que eras
no tiene explicación.*

*Tu mirada bella
ahora está apagada,
tus labios cerrados
sin bellas palabras,
dile al tiempo, Bella,
que no te destruya,
sigue siendo bella
dentro de la tumba.*

Eternamente bella.

POEMAS

MAURO ULLOA

La verdad es que ya no tocaré más música con los pies.

*Detendré los colores sobre mi rostro gris y quemaré los viejos
anhelos de sus manos en blanco y negro.*

*Saltaré de un barco de papel que deja caer una gota verde.
Acaso alguien puede creer semejante fábula.*

*Hay quienes creen en piratas, princesas y calamares en su tinta.
Yo creí en mi último poema.
a cortante*

Encontrarte es

*la copa de vino que traba la lengua
que afloja el corazón
que estruja el ojo hasta la última gota
cuando te ve partir.*

Abriendo las cortinas dejo asomar mi ojo de pulpo gigante.

*Sigo varado en tu orilla lejana.
Estoy como un cetáceo lamiéndome el lomo.
Los vientos arrojan tu sonido de ave palmípeda.
Grito a los oídos de los elefantes que te vayas lejos
Que ya los vientos no te dejen en mi costa.*

Oskar Blanco
EL
HOMBRE
CON EL
PEPINO
EN EL
OJO

ESTE ES
RAIMUNDO,
EL POBRE NA-
CIO CON UN
PEPINO EN EL
OJO, ES MUY
COMUN ENTRE
LAS FAMILIAS
DE CLASE ME-
DIA COMO LA
SUYA...



LA INFANCIA DE RAIMUNDO
FUE MUY DURA, SOBRETOD-
O EN LA EPOCA DE MA-
DURACION DEL PEPINO



ADEMAS EN LA ESCUELA LE LLA-
HABAN PEPINILLO, Y ESO LE
DOLIA TANTO QUE EL PEPINO SE
SOBRECARGABA DE LAGRIMAS



UN BUEN DIA
AL PEPINO
LE DIO POR
HABLAR...

EL PEPINO Y RA-
MUNDO SE HICE-
RON MUY AMI-
GOS, HASTA QUE
EL PEPINO SE
ENDORO DE
UNA HERMOSA
ZANAHORIA DE
TIENDA



RAIMUNDO COMPRO LA ZANAHORIA, LO QUE EMPEORO AUN MAS LA SITUACION



OH, EL AMOR! EL PEPINO Y LA ZANAHORIA SE HICIERON INSEPARABLES, PARA RESCANCIA DEL POBRE RAIMUNDO QUE SE HIZO MUY POPULAR ENTRE LOS VEGETALES DE LA ZONA.



HASTA QUE UN DIA LA ZANAHORIA TUVO UN ACCIDENTE CON UNA PICADORA



EL PEPINO CAYO EN UNA PROFUNDA DEPRESION QUE LE CASO UN ENVOLUCIMIENTO PREMATURO



UNOS DIAS DESPUES EL PEPINO MURIO, DESPRENDIENDOSE DE RAIMUNDO

DURANTE LOS MESES SIGUIENTES RAIMUNDO TUVO UNA VIDA PLENA Y FELIZ



HASTA EL HOYENOS MESES...PEPINO, QUE CALLANDO LO TENIAS



LA ASOCIACIÓN DE OCULISTAS RECOMIENDA:

CONSUME VERDURAS CON MODERACION, ES TU RESPONSABILIDAD

ADIÓS CARLOS, BIENVENIDO JAVIER

JOSEP ESTEVE RICO

El poeta ilicitano Carlos Cebrián ha muerto. Descanse en paz. Murió (por prioridades, metafórica y literariamente, aunque también en otros aspectos menores igualmente importantes) en público el pasado 27 de noviembre en un original, novedoso e inusual recital poético-visual celebrado en el salón de actos de la Lonja. La persona, el individuo, ese hombre ciudadano que fue Carlos, ha pasado por voluntad propia, a la historia, al pasado. Digamos que, de alguna manera, ha sido enterrado. No, no estamos ante un desdoblamiento de personalidad sino ante un renacer (espero que tan glorioso como el del Ave Fénix). El caduco villano pero canalla y pendero Carlos, torturado por sus pasiones y los viejos demonios; ha dado lugar a una nueva persona, a una nueva identidad, a un nuevo ser humano. El tránsito ha sido claro: de Carlos a Javier. Carlos, tras «morir», se ha transformado en Javier (que es quien ahora es y como a tal desea que le llamemos y conozcamos, incluso que usemos este nombre como él ya lo hace). Así pues, como cuando fallece un monarca; a rey muerto, rey puesto y que Dios le de larga vida.

Amigo mío y colega, ya tienes lo que querías. Te cubriste de gloria, bien merecida sin duda, en aquella velada en la Lonja, sorprendiendo al público. Ya te moriste, después de dar tanta lata con ello, y has vuelto a nacer o a renacer. Ahora te llamas Javier y aunque yo si que no me llamo Javier (parafraseando a «Toreros Muertos») celebro este cambio en tí. Un cambio en el que confío mucho, pues espero que te sea positivo en general, fecundo literariamente, productivo en lo personal y que supongo nos influirá bien a quienes nos sentimos cercanos a ti; amigos, colegas, admiradores...

No sé hasta que punto (y algunos de tus allegados nos lo preguntamos) este cambio va a alterar o a modificar sustancialmente tu carácter, tu perfil, tu personalidad. Quisiera pensar, Javier, que no trataste de borrar todo de un plumazo sobre tu reciente anterior identidad, sobre aquel Carlos, sino de enterrar para siempre aquello que te afeaba (defectos, vicios, errores, recuerdos malsanos, cosas negativas) pero conservando las virtudes y los aciertos, las cosas positivas. Reconozco aspectos del viejo Carlos que me agradaban y confieso que no me gustaría que desaparecieran, a pesar de que ahora seas otro, aunque hoy te llames Javier. Y sobre ésto, se te abre y se nos abre una incógnita que sólo tu podrás despejar y a la que le damos vueltas preguntándonos cómo serás a partir de ahora, porque te conocemos largos años como Carlos pero te desconocemos como Javier (si bien lo bueno está por venir, ¿verdad?), aún no hemos comprobado cómo eres hoy tras tu muerte-renacimiento hace pocos días. El corto espacio de tiempo es insuficiente para cerciorarnos y cerciorarte. Quién mejor que tú para conocerte a ti mismo. Eso sí, espero un futuro prometedor para tí, Javier, tanto como lo fue el destacado pasado de tu anterior Carlos. Me gustaría ser tan amigo tuyo, del actual Javier (o incluso más) como lo fui de Carlos. Y ojalá nos agrade, tanto o más que aquel. Ah, y aún siendo otro, conserva ese toque «sui géneris» de canalla 'bogartiano'. Bienvenido a la vida, Javier Cebrián.



Untzizu-ri

Zu...

*Eguneko erreferentzia irribarre egiteko
planak burutzeko arrazoia
hegaz egiteko bultzada
kantatzeko haize bolada
idazten hasteko inspirazioa
erriman galdutako silaba
amaiera ederrekin, begirada,
"maitasuna" aipatzean lehenbiziko pentsamendua
izaren arteko perfume itxaropentsua
burukoaren tolestura goxoena
egunsentiko irudirik ederrena*

Ni...

gaueko erromes aurkitua.

INSTANTÁNEAS

RAMÓN PERALTA

Cuatro ciclistas se disputan el primer lugar. En el cruce de dos avenidas llenas de gente, la estatua de un caballo. La luna saliendo sobre Hernández, Nuevo México. El estallido de la bomba atómica. Una línea negra sobre un cuadro rojo. Miramos como si algo estuviera ante nuestros ojos. Con el asiento y el manublio, construyó la cabeza de un toro. La mirada de Juan Rulfo apoyado sobre una calavera. Los cuervos descansan los trapos de sus alas en la cima del poste. El futuro es un arpón detenido en el aire. Del barco, un hombre cae al mar. Dos mellizas ciegas voltean en dirección contraria; se toman de la mano para cruzar la calle. Entre dos elefantes, una mujer delgada con vestido de novia, canta y eleva los brazos. Del plátano de la mañana salen moscas. Aquí había una estación de trenes. Me sentí un gallo blanco de pelea. Nada me corona en esta ciudad de muros anchos.

Una célula en mi cuerpo se rompe en dos porciones aproximadamente iguales, eso, según los médicos y biólogos es normal. Con la liberación de energía una enfermera corpulenta me bombardea con neutrones. Un globo en el parque se eleva. Dice que visitará mi pasado y que mi esperanza está en «veremos». El planeta es azul y no hay nada que pueda hacer. Veo el paisaje, camino, lo recorro, algo me separa de lo inmenso.

UNA AUTOBIOGRAFÍA

JUAN ANTONIO BARROS JÓDAR

Cuando comenzó a desenvolver el paquete, no reparó en las señas del remite. Se trataba, según pudo comprobar, de un texto manuscrito de gran formato y no menor volumen, y venía encabezado por el lacónico título de Autobiografía. Le pareció un desafortunado epígrafe. Pensó que su condición de pertinaz lector no le hacía merecedor, después de todo, de recibir el trabajo de algún escritor novel, acaso en solicitud de su juicio. Buscó inútilmente un nombre que no aparecía reseñado en parte alguna del volumen. Pero no quiso desvelar aún el misterio, para lo cual habría bastado echar una ojeada al reverso del paquete.

Experimentó una inquietante sensación desde las primeras páginas, porque la infancia del protagonista traía a su mente imágenes familiares y despertaba en su ánimo una misteriosa simpatía. Tal vez por eso no reparó en la presencia de ciertos datos reveladores que surgían como mensajes subliminarios y que definían, con líneas cada vez más precisas, una historia ininteligible a no ser para sí mismo.

El original sentimiento de simpatía se transformó bruscamente en turbación. Bastó para ello un nombre y la descripción de un vergonzoso recuerdo. Pero tampoco entonces quiso descubrir la identidad del desconocido autor.

Comprendió que alguien había escrito la historia que él, como impenitente lector, nunca podría redactar. Mas no intuyó todavía la oscura profundidad del abismo que se abría ante sus ojos. Estaba leyendo la narración de su propia vida, compuesta por una mano extraña, y este acto le permitía reconstruir aquello que ya había ocurrido, aquello que ya no podía ser de ninguna otra forma y que, no obstante, por un irrepetible milagro, se debatía y conformaba nuevamente ante él.

Habían pasado muchas horas desde que iniciara la lectura del manuscrito, varios días acaso. En una ocasión despertó sobresaltado. Le angustió la sospecha de que todo hubiera sido un sueño. Pero allí estaban amontonadas las tazas de café, los restos de alguna desordenada comida. Recogió el volumen del suelo y buscó una página con creciente ansiedad.

Fue un día o dos más tarde cuando sintió aquel vértigo por vez primera. Había alcanzado el punto en que el protagonista recibía un misterioso paquete que contenía un manuscrito y evitaba leer el nombre del remitente. Y leyó con terror cómo aquel hombre leía con idéntico terror una historia que no era otra que la suya propia. Entonces comprendió que el curso de su vida ya había sido inapelablemente decidido.

Se le antojó inútil abandonar la lectura del texto. Pensó que tal vez fuera posible abordar el resto de la narración como una historia ajena, y aceptó finalmente que no podía ser el mejor lector para aquella obra.

Pasó a la página siguiente porque así leyó que había de hacerlo. Nuevamente sintió el vértigo y decidió interrumpir la lectura durante unas horas. Esperaba así superar el inexorable curso del tiempo cifrado en el manuscrito. También pretendía librarse del vértigo.

La noche fue larga y le deparó poco descanso. Soñó todo el tiempo -al menos eso le pareció- con su padre muerto. Le sonreía con gesto desagradable y se obstinaba en mostrar un reloj que él no quería mirar.

Al amanecer buscó el texto con la esperanza de no encontrar registrado en sus páginas lo sucedido la noche anterior. Pero allí quedaba escrita la intención del protagonista de abandonar la lectura; allí estaba también la pesadilla en que su padre le martirizaba mostrándole un reloj con una hora que él no quería desvelar; y allí estaba el insondable vértigo que le invadía mientras leía aquellas líneas de las que no le era dado modificar siquiera una coma. No le quedaba, pues, sino seguir hasta el final. Entonces supo por qué se había resistido desde siempre a leer el nombre del imposible remi-

tente.

Con una sumisión que le impresionó incluso a él mismo, avanzó varias hojas. Luego, con inconcebible obediencia, fue realizando todo cuanto estaba decidido. Leyó que debía hacer varias llamadas. Leyó que debía redactar algunas notas. Leyó que debía abrir la puerta a un vendedor de viejas enciclopedias que llamaba en ese momento. Leyó que debía dedicar sus últimos minutos al recuerdo de sus padres, a la pobre y querida casa de la infancia, a una música escuchada una única vez, a una palabra carente de significado pronunciada en el minuto último de algún amor. Leyó al fin que debía dejar de leer.

La realidad estaba ahora sincronizada de tal modo con el tempo de la narración, que nada sucedía antes o después, sino en el instante preciso en que sus ojos resignados descifraban cada letra y cada palabra. Comprendió que ya no era necesario seguir leyendo. Mientras abandonaba el volumen definitivamente, era consciente de que en algún lugar del mismo estaban indicados los movimientos que se disponía a realizar.

No vaciló, porque al cerrar el libro había leído involuntariamente la última palabra del texto.



SOLEDAD

M^a CARMEN SÁNCHEZ CEBELLÁN

Ausencia de aquellos espíritus afines

*cohibidez por presente la nostalgia,
esperando que vengan los comodines
que me traigan de nuevo la magia.*

*Quietud, silencio, calma y vacío
ilusiones olvidadas, tristeza presente
aquello que invade al no estar contigo
contradicciones que vienen a mi mente.*

*Sólo quisiera, el poder hablarte
sentir tu presencia a mi lado
notar como me conforta tu amistad.*

*Sólo quisiera, el poder encontrarte
en los momentos que te he anhelado
y no habría llorado ni la mitad.*

SOLOS LOS TRES

JOSÉ MARÍA MATA

El día es gris. Llueve mansamente, pero de forma continua, desde hace más de 60 horas. Las gotas de metano resbalan sobre el cristal exterior. El termómetro marca -107°C.

A lo lejos, una bola brillante y amarilla. Sobre su cabeza, dos lunas, desiguales.

Elena despega su nariz del vidrio, y mira desganada al despertador: Otro día de trabajo. Se viste lentamente, con desgana: La ropa térmica, el traje estanco, las botas. La escafandra y los guantes vendrán después, cuando haya tomado el horroroso café reciclado del dispensador. Entretanto, piensa:

«¿Por qué?». «¿QUÉ HE HECHO MAL?».

Cuando era pequeña, sus padres querían que eligiese una profesión con futuro: banquero, empresario inmobiliario, político... Ella, cabezota como todas las chicas de su edad, había decidido ser astronauta. ¡Sería la primera mujer astronauta en pisar otro planeta! ¡Sería famosa, figuraría en los medios, entrevistas, fiestas! Todos los chicos del mundo se pelearían por ella.

Pasó el tiempo. Y lo consiguió:

Cursos en cabo Cañaveral, tres años de preparación. Lanzamiento desde la Guayana Francesa. Y fue asignada para la primera misión interplanetaria desde los tiempos del Apolo XI. ¡Iría a Marte!

Un año de viaje, dos de estancia (había que rentabilizar el coste del proyecto), otro de vuelta... Pero sería inmensamente famosa. El mundo a sus pies. Le había costado mucho trabajo conseguir que la incluyeran. Estudios, entrenamientos, trabajo de pasillos, entrevistas privadas, flirteos...

Y mucho más conseguir que sus dos compañeros de misión fueran los mejores ejemplares del sexo masculino. De toda la academia.

Mientras intentaba saborear el café, pensaba en ellos: Arthur y Neil, recordaba sus juegos de cama en la tierra, con uno y con otro. Durante esos cuatro años sólo la tendrían a ella. Y ella a los dos, sin otras chicas que los distrajesen.

Su equipaje: maquillaje, ropa sexy, cava y pastillas. Como para cuatro años. ¡JA!

Hasta que sucedió lo único que no había previsto: la semana antes del lanzamiento, en medio de una impresionante borrachera, los dos hablaron. Acerca de ella. Se enteraron. Se pelearon. Al día siguiente, los dos estaban lesionados, de baja, y el momento del lanzamiento se acercaba. La ventana sólo permitía un plazo de doce horas para el despegue, y la tripulación de reserva tomó el relevo, lo peor que podía pasar.

■ ■ ■

Eché un vistazo a su armario: lo más sexy que podía comprarse, los mejores perfumes, la mejor música.

Todo en su sitio, con las etiquetas colgando, mecidas por la corriente de aire del climatizador. Sin usar.

Por el intercomunicador sonó la voz de Svetlana:

—Elena, ¿estás lista? Sabes que tenemos el paseo para continuar las reparaciones en 10 minutos.

A lejos se escuchaba la risa de Bárbara.

Así, cuatro años.

Solas, las tres ...

BEBAMOS POR ESTA VEZ

ÁNGEL DE LUCAS VEGA

Por pereza hemos enfriado nuestros brazos,
quizás por rutina, por comodidad tal vez.

**Ven amada, bebamos esta noche vino
y hablemos a la luz de una vela.**

**No perdamos más tiempo,
no dejemos que la distancia se agrande.**

**Ven, acércate.
Bebamos cerveza
hasta que nuestras manos se palpen mutuamente
y sientan el dolor de la distancia.**

**Retrocedamos,
volvamos al cruce fatídico donde nos ignoramos.**

Ven, bebamos ginebra hasta que nuestros corazones lloren.

**Volvamos al momento en que nos fuimos enfriando,
casi sin querer,
en que permitimos que nuestros ojos se empolvaren.**

Regresemos a la costa donde encallamos nuestros corazones.

12/11/07

Tren poderoso

Presiento a un tren veloz.

Llega entre la niebla de las visiones.

Siento su velocidad, su impulso.

*A veces me siento al lado de la vía,
y veo tristemente cómo pasa.*

*El tren es imparable,
no se detiene,
avanza ciego de pasión.*

*Silba y camina con fuerza,
casi con furor.*

*Hoy quiero saltar
y agarrar en marcha su barandilla.*

24/09/03

EL MAPA

CARLOS ALMIRA PICAZO

La caja, que acababa de rodar arrastrando un batiburrillo de papeles, libros, y revistas viejos, cedió, mostrando una abertura negra. Entonces algo se deslizó al suelo.

Lo desplegamos con cuidado, para que no se rasgase: la tela parecía increíblemente ajada. Calzamos los bordes con lo primero que encontramos para que no volviese a enrollarse como un muelle. Al fin, tras un minuto de forcejeo, pudimos abrirlo.

Era un mapa enorme, estaba pintado sobre un lienzo grueso, enmarcado con sendos listones de madera oscura y agrietada; tendría unos tres metros de ancho por metro y medio de largo, con lo que ocupaba casi todo el suelo, entre las mesas y las sillas. Del centro del listón superior arrancaba la cuerda que debía sujetarlo a la pared: corta, fuerte, bien trenzada, pero rígida por el desuso. Una vez colgado, aún en el límite del techo, debía arrastrar el extremo por el suelo, pues como digo era enorme, además de extraordinariamente pesado. Debía estar diseñado para colgar en un Museo, o en un Palacio.

Del otro lado de las persianas llegó un rumor de pleamar.

Fede y yo comenzamos a examinarlo: los colores vivos y frescos desmentían la vetustez de la tela y el mal estado del estuche: el azul profundo de un mar o un océano desconocidos se recortaba contra el ocre y el verde de un continente, o una península con forma de Pe; además tenía montañas, ríos, y ciudades marcadas; al pie del listón inferior, a la derecha, figuraba junto a la escala, el nombre desconocido del país.

Fede se remetía los faldones de la camisa que tendían a salirse de los pantalones; se secaba la frente con la manga, corta y estrecha.

Conseguimos darle la vuelta, no sin trabajo: pero el envés

barnizado no contenía indicación alguna sobre la fecha ni el impresor: sólo mugre y polvo. Y, como digo, era un armatoste rebelde, extraordinariamente pesado.

Cuando logramos darle la vuelta otra vez, estuvo a punto de derribarnos.

Nos entregamos a estudiar con calma sus detalles, cosas que se nos habían escapado al principio: por ejemplo, en la esquina superior izquierda, una extravagante rosa de los vientos; al pie de algunos nombres importantes, trazados en mayúscula, notas escuetas, escritas en redondilla; una ciudad, tal vez la capital, aparecía señalada con un aspa roja; al norte de la misma, tras una montaña, discurría la cinta azul de un río; las anotaciones más extravagantes colmaban los márgenes de los nombres, y más que aclarar oscurecían la información geográfica de los enclaves, y se sucedían alternando con desconcertantes espacios vacíos; también había símbolos de plantas, animales, exóticos, hechos con dibujos toscos e infantiles: rinocerontes con patas de caballo; pájaros con una sola ala; árboles cuyas copas parecían bocas abiertas de yacaré.

Perdimos la noción del tiempo.

Nos habíamos tumbado, algunas letras y dibujos eran extraordinariamente pequeños. Y entretanto la tarde avanzaba envolviendo una a una, la pizarra y las filas de libros apilados en los estantes.

Debieron pasar horas. Nunca sabré cuántas.



POR QUÉ TODAS LAS REVOLUCIONES

FRANCISCO JESÚS MUÑOZ SOLER

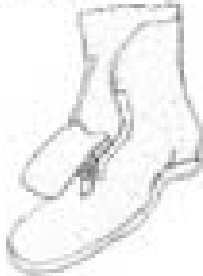
Por qué todas las revoluciones

*terminan negando la libertad
anunciada a los liberados
con el pretexto de una justicia
igualmente necesaria.*

*Por qué la necesidad enturbia
la consciencia y los corazones
de los héroes vencedores
hinchidos de megalómana vanagloria
y inequívoca e inefable certeza.*

*Por qué enarboladas sonrisas iluminadas
terminan trucándose mustias
fermentando un mousse de angustia
forjador de un irrespirable hedor
muesca de las sombras de sus victorias.*

LA BOTICA N°12, REVISTA LITERARIA



Sentirla como la siento

Sentirla como la siento

*es apagarse y a la vez fulgir
siento la transformación en mis adentros
cómo su sangre me inunda
circulando por mis venas
y su sudor transpira por mi cuerpo,
cómo su corazón palpita
en mi apasionado pecho
y cómo su mirada fija
el horizonte de mis sueños,
significa tanto para mí
que no tengo pensamientos
donde no esté presente
ni vida que compartir,
vivo en dos permanente.*

La siento tanto

*La siento tanto
que es como si el aire
tomara formas
atrapándome hasta arrastrarme
hacia el fondo de su esencia
y envuelto en su sombra
me llegase hasta lo último
de mi ser y mi consciencia,
la noto tanto
que un único suspiro puedo exhalar
en la enredadera de sus encantos
en él pronuncio su nombre
y mientras se esparce con el viento
me estremece y me da la vida.*

20-TÓCALA, DE NUEVO, SAM

TXEMA IMAZ

*Para ti, Ángela, besos, ternura y mucho, mucho amor.
Vitoria, 2 de junio de 2008*

Luna llena que brilla, noche estrellada,
ellas, las estrellas, bailan con su lejana
y blanca luz,
en el exterior todo es calma y está en paz,
en el interior de la taberna de un viejo puerto de mar,
ruido de vasos, alegres carcajadas de mujeres
de difícil vida, realizando el milagro de amar,
y en el centro de la ciudad, las calles están dormidas
parecen el espejo de otra más de las ciudades fantasmas.

*En el exterior se escucha el silencio del mar que se envuelve,
en el interior, el músico de jazz prepara la partitura,
y se oye el bullicio, las alegres carcajadas,
un vaso de whisky que se rompe, voces airadas,
que relajan el ambiente en el preludio de una tormenta,
que se va acercando, cada vez más deprisa, con prisa,
ésa misma que mata, que devora la noche más tranquila.*

Jazz sonando, las notas van acariciando las orejas alegres.

*Calentando, murmurando, tiernas notas de humo y amor.
Con su viejo saxo, su eterno y viejo instrumento de compañía,
ve, al fondo, a la derecha de la barra, una imagen borrosa,
de una belleza sureña, de clara piel, ¡suave y sedosa piel!,
cabellos rubios, y una voz de niña, tierna, ronca y sensual.*

¡OH, amor imposible!
Siente los ojos fijos en él.

El color de sus ojos, tan verdes como cansados,
miran las estrellas, en el fondo de un vaso de ginebra.

Gotas de sudor resbalan por el rostro del viejo poeta
del saxo, envuelto en perlas, en fina humedad, cálidamente
va sonando un incierto pero firme sonido de jazz...

¡Y sólo es una vieja canción sureña de jazz...!

Recuerda las horas, lentas pasadas en la habitación,
donde nota tras nota va saciando su lección de jazz
y sueña con la imagen borrosa de un ayer que no vuelve, mientras
que el saxo resuena como una eterna letanía,
y la tormenta va estallando en su pecho, su emoción
vencida, y en sus oídos resuena la burla
del que nada sabe ni conoce, los beodos que le gritan:

¡TÓCALA, DE NUEVO, SAM!

Él cierra los ojos y duerme...



LLUEVE

FELI GALÁN

Llueve...

*Llueve aunque la hierba se derrame
y los ojos no pregunten nada
llueve aunque el llanto detenido
rompa sus cadenas.*

*Llueve para pintar el horizonte
de arco iris de amargura
para que el perfume de la tierra
despierte los sentidos.*

*Llueve sobre las cartas arrugadas
de suspiros y de olvido
acompañando el ritmo
en los tejados.*

*Llueve en otoño
sin orden ni tregua
dibujando en los charcos
burbujas de cristal.*

*Llueve para diluir la tristeza
para perforar el silencio
cuando el cielo se oscurece
de color melancolía.*

*Llueve en abril
cuando están pariendo las flores
y al otro lado del cristal
gotean lentamente los recuerdos.*

ALGO SENTIMENTAL

RAFAEL MORIEL

Carlos no daba crédito a lo que estaba ocurriendo: primero lo de su dolor de cabeza, que le condujo hasta la sala de urgencias del hospital más próximo. Era un dolor tan intenso que parecía fuese a reventarle la cabeza, y para colmo había esperado más de media hora hasta que alguien le preguntara qué le ocurría, como si lo suyo fuese moco de pavo. Toda la estancia repleta de pacientes con un aspecto saludable, mientras medio mundo daba vueltas a su alrededor. De puro delirio.

Carlos se mostraba impaciente, pero allí nadie se quejaba; sólo aguardaban el turno. A su derecha, un muchacho mascaba chicle, repantingado, confeccionando globos sin cesar. La vieja de la izquierda le miraba de reojo cada diez segundos a más tardar, entumecida en su silla y cerrada de piernas, aferrada al bolso como si acaso Carlos fuese un vulgar ratero de tres al cuarto.

Y la cabeza no dejaba de hacerle dom dom, dom dom...

Una joven que fumarreaba expulsó un prolongado penacho de humo azulado por una ventana entreabierta; ni siquiera fumar en los hospitales parecía preocuparles. Hacía una semana que Carlos no probaba el tabaco y se mordió la piel de los labios.

Media hora antes, Carlos había sido atendido por una enfermera que pretendía tranquilizarle con aquello de «No se preocupe, esto no es nada... », como si acaso fuese normal que a uno le doliera tanto la cabeza. Se supone que enseguida acudiría el doctor a reconocerle, eso dijo la enfermera, aunque desde que se presentara en el servicio de urgencias había transcurrido más de una hora y media en total.

La sala de espera era olorcito a cigarrillo y globos de fresa haciendo PLAS... PLAS, una vieja aferrada a su bolso que miraba y miraba, doce o trece pacientes aguardando y dolor de cabeza, ya te

lo he dicho.

Más tarde, se presenta el doctor en el «box» número seis, donde finalmente fue conducido Carlos. Aparece tras la puerta el ansiado galeno, veinte o veinticinco minutos después de que la enfermera cerrara la puerta tras de sí. Un doctor con una increíble cuerna en la cabeza que apenas cabía por la entrada, un espléndido ramal de astas que superaban la decena, un tipo calvo, vestido con una bata blanca, que iba dejando tras de sí un ligero aroma a «after shave». Aparece sonriendo, como si nada, con el informe del diagnóstico redactado y firmado. ¡El colmo de Carlos!, que comenzaba a tener serias dudas respecto a lo que estaba sucediendo.

—¿Quién es usted? —preguntó al hombre de la cornamenta, que se supone era el médico.

—Tranquilo, estoy al corriente de todo. Soy el Doctor Pérez —se presentó. El Doctor Pérez, como si aquello fuese normal, y de sus sienes brotaban múltiples ramificaciones de un metro de largo por uno de ancho. ¡Vaya modas!, pensó Carlos.

—¡Quítese esos cuernos, coño! ¡De qué carnaval se ha escapado?... O acaso todo sea producto de mi delirio, doctor... ¡Doctor! ¡Me encuentro gravemente enfermo! ¡Sufro alucinaciones! ¡Me va a reventar la cabeza!... Apenas distingo algo nítido y quizá esté viendo ilusiones... Discúlpeme Doctor Pérez o como quiera que se llame, me siento tan confuso... ¡Cúreme, por favor! Supongo que eso mismo le suplicarán sus pacientes... Pero es horrible, doctor, ¡es horrible! ¡Me duele tanto la cabeza!

—No se preocupe —exclamó el Doctor Pérez—. La enfermera Yecla es de toda confianza y me ha puesto al corriente de la situación. Ya está usted reconocido y me he tomado la libertad de redactar su diagnóstico sin examinarle siquiera, pues su mal es ya muy viejo y conocido, aunque es posible que todo este protocolo le resulte algo extraño y puede que un poco arduo en estos momentos tan difíciles. Por otro lado, los doctores estamos acostumbrados al trato con el paciente y es probable que no comprenda mi actitud de dominio con la situación. A propósito... ¿Tiene usted problemas sentimentales?

—¿Qué?... ¡Cómo lo sabe! —exclamó confuso Carlos.

—Tranquilícese. Mañana todo habrá pasado. Le aseguro que ya no le dolerá la cabeza. Ahora sólo debe prestarme toda la atención que le sea posible, únicamente para tomarse esta píldora relajante con la que dormirá usted como un «Pepe». Mañana por la mañana pasaré consulta por la planta y ya veremos qué tal se encuentra entonces. Ahora mismo le subirán a la habitación en una silla de ruedas, en cuanto ingiera el comprimido. Pasará ingresado el peor trago, pero le aseguro que mañana se encontrará usted perfectamente. Se trata de tenerle bajo observación hasta que todo se normalice. Mera rutina, créame. Confíe en mí. Soy un profesional de esto... de su mal, quiero decir.

—¡Pero, qué coño pastilla me receta usted sin ni tan siquiera preguntarme qué me ocurre! Todavía no me ha tomado la tensión y pretende que me tome un relajante y me duerma como si tal cosa, ¡drogado...! ¡Qué se cree usted! Yo también tengo mis derechos... debería explicarme lo que presume conocer tan bien... así por lo menos lo sabría yo, ¡que soy el enfermo!

El Doctor Pérez se acercó y examinó la cabeza de Carlos, palpándola cuidadosamente con la yema de sus dedos.

—Vamos a ver... —y cerrando los ojos recorrió con suavidad su estructura craneal, otorgándole un ligero masaje que vagamente le mitigaba el dolor.

—Está claro. La enfermera Yecla no se equivocó. Tómese la píldora y confíe en mí. Mañana todo esto será agua pasada.

Carlos sentía un dolor tan intenso, que por un momento dejó de preocuparse por los cuernos del doctor. El tipo parecía salido de una película de ciencia ficción o de un cómic futurista, pero le había dicho que el dolor cesaría si obedecía sus instrucciones. Y Carlos necesitaba creer en algo, así que se tomó la pastilla. Al rato se durmió.

A la mañana siguiente, abrió los ojos. Allí estaban los cuernos del doctor Pérez, la misma cuerna de ciervo de lo que parecía una pesadilla, brotándole de las sienas. ¡Era real!

—¡Qué cojones! —gritó asustado Carlos.

—¿Qué tal se encuentra? —le preguntó el Doctor Pérez.

—¿Es una broma lo de sus cuernos? —preguntó extrañado, con el rostro arrugado.

—En absoluto. Le ruego me guarde respeto... ¿Qué tal está?

—Bien, la verdad. Ya no me duele nada, aunque siento un ligero mareillo... —manifestó, sin apartar ni un instante la mirada de aquéllo tan prominente.

—No debe preocuparse. Los efectos del relajante desaparecerán en breve. Se quedará aquí a comer y más tarde le daré el alta.

—¿Qué me ocurrió, doctor? —preguntó Carlos, dejando a un lado lo de los cuernos.

—Será mejor que lo vea usted con sus propios ojos —le dijo el Doctor Pérez, acercándole un espejo que extrajo del bolsillo de su bata.

—¡Diablos!, ¡no puede ser! —gritó al verse reflejado—. ¡Me han salido cuernos, dos enormes cuernos de toro, dos pitones puntiagudos!

—Efectivamente, los suyos son de toro. A unos les crecen de toro, como a usted... a otros de jirafa y también los hay de cabra montés y de alce, e incluso de ciervo, como los míos. Le recomiendo, ante todo, que se tranquilice. Muy pronto se adaptará usted a su nuevo aspecto y no creo que sea mayor problema, aunque si lo estimase oportuno y por supuesto, en función de cómo se produjera la evolución, yo mismo le prescribiría apoyo psiquiátrico, como paliativo. Pero sólo si fuese necesario. A propósito, los cuernos de toro son para toda la vida, pues forman parte de su esqueleto a partir del brote. Los míos se caen una vez al año, y no se crea... cuando uno se acostumbra a la cuerna la llega a echar en falta. Yo he llegado a sentir vergüenza, se lo aseguro; de veras que ocurre... aunque luego me la como, por aquello del calcio, que favorece el brote de otra nueva. Las ciervas y los ciervos también lo hacen.

—¡Pero, doctor! ¡Esto es una maldición! Llevar cuernos de por vida, todo el mundo sabrá que mi mujer me la ha pegado con otro, y mire lo grandes que son... ¡Todos lo sabrán!

—Tranquilo, Carlos. Los cuernos duelen mucho cuando

están saliendo y al principio resultan algo incómodos, pero enseguida descubre uno que además sirven para defenderse —le dijo con tono convincente el Doctor Pérez.

Carlos comió en su habitación del hospital, viendo el telediarrio por televisión. No sabía muy bien cómo encajar aquello. Dejó el segundo plato y el postre en la bandeja, intactos. Después se tumbó en la cama, boca arriba, con las manos detrás de la cabeza. A eso de las seis de la tarde apareció la enfermera, con el alta médica. Le puso el termómetro y le tomó la tensión y las pulsaciones.

—¿Qué tal se encuentra? —le preguntó.

—¿Eh?... —respondió Carlos por bajines.

—¿Qué tal estás?

—Bien, bien...

—Has comido poco, ¿eh?

—Sí... —susurró Carlos.

Cuando Carlos pisó la calle, el sol refulgía en sus cuernos. Miró hacia uno y otro lado y dio un paso y luego otro, y otro más.

Era sábado. Tenía dos cuernos, dos.



ES TARDE

LUIS GARCÍA ANGULO

Es tarde

y aún no has venido.

Abro un libro

y paso varias hojas.

Lo cierro.

La televisión ya hace rato

que la he descartado.

Miro el reloj otra vez

y casi es hora de dormir.

Tal vez no fuera mala idea.

Bostezo y miro el móvil,

ni mensajes ni llamadas perdidas.

Me voy a acostar.

Es tarde y aún

no has venido,

y creo que te estoy esperando,

aunque no estoy seguro...

Librerías de Salón

Depósitos de cadáveres

*Donde reposan los difuntos
con sus más lujosas mortajas
entre polvo
y olor a cerrado.*

*(Una vez pasó cerca
Alguien,
Seguramente por error).*

*Escaparates de la incultura presuntuosa,
tumbas de cualquier cosa
que pudiera tener relación
con el conocimiento;
sólo falta la lápida
y su inscripción:*

Aquí yace el saber.



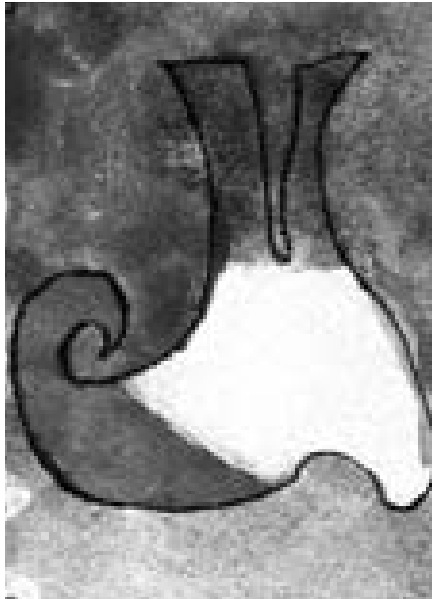
LA NOCHE

JOSÉ FRANCISCO SOLVES

La noche prende en las velas

y flamea en los fogones,
encendida en los arcones
del color de las franelas.
La noche tiene su nombre
escrito con los colores
de todos los sinsabores
en el corazón del hombre.
En lo oscuro de la noche
busco tu nombre, mi amada,
escrito luz deseada
en las paredes del broche.
Y sueño toda la vida
que arde muy dentro del fuego
como la llama que ruego
prenda en el caz de la herida.
La noche tiene su momento,
el corazón de la palabra,
la nave que surca la abra
con los mástiles al viento.
Y su culminación busca
en los deseados brazos,
los cantos de los abrazos
que mi corazón rebusca.
Henchido por la marea
bateo contra el regazo,
el corazón en un mazo
donde mi amor se aparee
con la voz de todo el canto

*en la arena de la playa
que mi poesía laya
con las voces de aquel llanto.
Canción donde me apareo
con el revivir del día,
Amor que se consumía
en el candil del fogueo.
Y escucho esas palabras
que la pura noche escribe
y que el corazón inscribe
que con la yunta tú labras.
El mar y el fuego, noche y
llama,
Amor de los desamores,
palabras de los amores
que con tu misma voz llama.*



ARTE BRUTO – EXTERIORIZACIÓN DEL MUNDO INTERIOR

JAVIER GIRBAU

«El arte es uno de los pocos medios de que dispone un individuo para hacer perceptible a los otros lo que le diferencia de ellos: el mundo de los sueños o de las obsesiones cuyo peso lleva él solo. Entonces expresa lo que parecería inexplicable: el secreto de cada uno».

René Huyghe

El artista outsider incorpora el arte a su vida de forma repentina tras un trauma o la aparición de un desorden mental y tiene como origen la capacidad humana para encontrar vías de exteriorización del mundo interior. El artista puede representar su mundo interno sin límites pudiendo exteriorizar de ese modo su lado más oscuro y misterioso. Una gran parte del arte marginal refleja estados mentales extremos, idiosincrasias particulares o elaborados mundos de fantasía.

La observación de la supuesta «rareza» del acto creativo de una artista marginal no nos hace sentir distancia, de hecho cuanto más aferrada está a las experiencias personales del autor y a su propio mundo interior más cercana nos resulta de la «esencia» del ser humano, de algo que podemos intuir e incluso comprender por medio de conjeturas o señales.

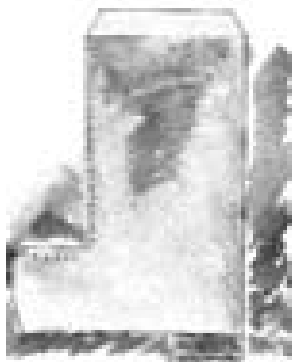
El arte «bruto» cumple una función de purificación, liberación o transformación interior suscitada por una expresión vital profunda. Sirve para que el artista consiga hacer visible su mundo invisible y también *«constituye una purgación para el espectador que contemplando la obra se desposee de tentaciones y fuerzas que agitan las profundidades de su alma»* (R. Huyghe).

No todos aquellos que viven al margen de la sociedad desarrollan actividades creativas, pero el arte, que en este caso no está subordinado a modas ni estilos impuestos por grupos de poder e intereses de élites socialmente consagradas, se presenta como un camino natural para canalizar deficiencias de comunicación y recon-

ciliarse con uno mismo ante el rechazo social. El inconsciente parece aflorar con facilidad en estas obras necesarias (que responden a una necesidad del autor) e ingenuas (en lo que se refiere a ambiciones artísticas). Muchos de estos artistas trabajan a partir de sus sueños o sus visiones, y lo hacen para su placer -o para la mitigación del dolor como sujeto alienado- generando sus propios recursos expresivos, y con la esperanza final de la comunicación.

El inconsciente en su función reguladora parece encontrar vías de comunicación con la parte consciente a través de la expresión plástica ya que ésta es un vehículo apropiado para la generación de símbolos. Dichos símbolos brotan así del individuo para quedar plasmados en el exterior. Así se convierten en algo que existe fuera de él posibilitando la asimilación de parcelas oscuras de la mente. Los estados alterados de conciencia favorecen el encuentro de recursos insospechados.

Analizando el proceso creativo de estas personas, todas con vidas y experiencias muy diferentes, se puede concluir que les une la necesidad de que la creatividad represente en base a la forma, el color e imágenes, la herramienta necesaria para exteriorizar libremente y sin límites su mundo interno.



PÁGINA SOLIDARIA

La revista literaria «La Botica» se ha estrenado como editorial, publicando un libro con colaboraciones literarias de cinco autores de Vitoria-Gasteiz, titulado CINCO VOCES (Cinco Autores).

Cinco Voces reúne a cinco autores que aportan sus trabajos en diferentes formatos y estilos literarios. José Luis Guillerna aporta dos relatos de corte irónico y divertido, seguidos por la prosa poética en forma de cartas de amor del autor Jorge Girbau Bustos. Los afilados y originales microcuentos del autor Rafael Moriel suponen el equivalente al preludeo para piano, seguidos por los ensañadores poemas de Arantza Guinea Fernández de Retana. Inaxio Lopez de Arana cierra el libro con un culto relato escrito en euskera, que narra el viaje de novios de una pareja a la isla de Robinson Crusoe. El libro puede adquirirse, a un precio de doce euros, en los siguientes puntos de venta:



Librería Jakintza, C/Landazuri nº7 (945 13 12 26)

Librería Anegón, C/San Antonio nº13 (945 23 23 46)

Zuloa, C/Correría nº21 (945 26 15 47)

Elkar Megadenda, C/San Prudencio nº7 (945 14 45 01)

Casa del Libro, C/Arka nº11 (945 15 81 75)

***SOLIDARÍZATE CON «LA BOTICA»
Y COMPRA EL LIBRO.***

***TU DINERO IRÁ DESTINADO A LA
PUBLICACIÓN DE OTROS LIBROS.***

